



EL HUMOR EN LA SIERRA

Los humoristas son muy necesarios. Imprescindibles. ¿Quién, si no, convertiría el llanto en risa, la úlcera de estómago en delicioso cosquilleo del duodeno, la desesperación y miseria en resignación y opulencia?

Los humoristas cumplen la misma o parecida misión que los vomitorios de los campos de fútbol o de los decadentes romanos y el sudor apestoso: limpian de toxinas nuestro espíritu atribulado y ahuyentan a

esa desvergonzada mozueta que es la tristeza.

No debe permitirse a los ciudadanos capitalinos que protesten porque encuentren una cucaracha en un bote de leche precintado, o un sobre de taploca en una acreditada marca de vinos del país. Porque para moscas, arañas, cuervos y ocurentes alguaciles, están colmados nuestros hermosos pueblos serranos.

La bondad y la inocencia de

la madre Naturaleza se contrasta, ¡ya es lástima!, con la actitud, nada edificante, de algunos guardadores de la salud pública. Me refiero a la salvaguardia de la inocencia infantil.

En el cine de un pueblo aristocrático se proyectó una película apta para mayores de dieciocho años; estaba en un 80 por 100 asistida por menores de trece años. El film era de fulanotas, de las que bajan, suben, cobran y no dan la vuelta y se visten y desvisten con una velocidad propia de películas del cine rancio.

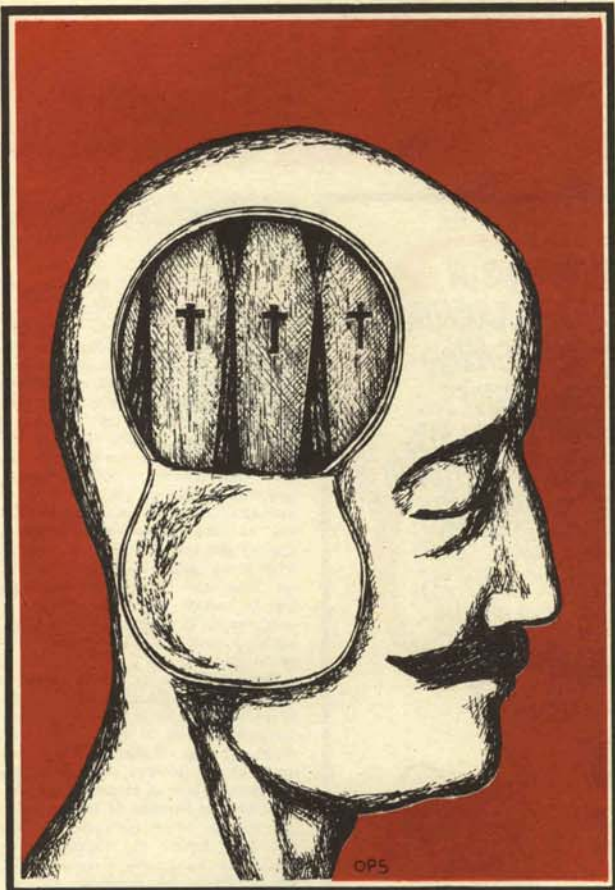
Tan aconsejables como repugnantes enseñanzas estaban patrocinadas por orondas pantaloneras y cristianas amas de casa. Dejaban allí a sus niños, solos, para su mejor edificación, mientras ellas hacían sus compras vespertinas, de cebollas, nabos y otras.

Al espectador del suceso, aunque no me apilas si tierno defensor de los derechos del niño, se le desinfló un pulmón congestionado al hacer acto de presencia en el recinto de las autoridades. Escrutaron la sala y presto tomaron a la vigilancia pública, de puertas afuera. Buscaban al «Lute», al «Lolo» y al «Pecas», o quizá a algún otro descarriado; pero, al parecer, no estaban allí.

Supuso para mí una importante adquisición de seguridad. El fruto de los ahorros de todo el año, incluida la peseta dominical de la parroquia, se hacían notar. Ya podía pasear, como otrora, con las manos fuera de los bolsillos de los pantalones y sacar el perro, no el gato, de dentro del coche para meterlo en mi casa.

Sinonimias para un bonito ejercicio a desarrollar para la E. G. B.; descanso y ahorro, inconsciencia exterior y barbarie interior; una mosca en la botella o cien arañas en la cama y otras cosas que dejo para el año que viene, si es que el año que viene no me voy a veranear al Cerro de los Angeles.

EL MARQUES DESCONTENTO



el quijote apócrifo

Oyó un día don Quijote lamentarse a unas señoras de esta guisa: —¿Cómo está la fruta de cara, doña Prudencia!

—¿Y la carne, doña Brabancia? Se ha puesto a un precio que en casa hacemos abstinencia siete días a la semana, y maese Pedro, el lechero, dice que subirá la leche.

—Todo sube, doña Prudencia; todo menos los salarios de nuestros maridos. Los consumidores estamos desamparados ante alzas de precios tan continuas.

Acercóse el de la Triste Figura y dijo:

—¡No más penas, hermosas criaturas, que aquí se presenta el famosísimo don Quijote de la Mancha, sostén de los afligidos y ayuda de los desamparados! Si los precios os preocupan, yo haré que los rebajen, aunque para ello deba enfrentarme a mil gigantes.

Y en diciendo esto, lanza en ristre, se dirigió al cercano mercado y ordenó a un comerciante que ofreciera sus productos más baratos.

—¿Pero qué dice vuestra merced? Si con estos precios apenas gano para vivir. ¿No ve que el mercado central nos vende muy caro?

Determinó, pues, don Quijote interrogar a los responsables del mercado central:

—¿Caro? Pero si lo vendemos al mínimo que nos permite el precio que pagamos a los transportistas.

Acudió el hidalgo, acto seguido, al transportista:

—¿Qué vendo caro? Casi lo justo para pagar la gasolina; si a mí los mayoristas me lo dan por las nubes.

Y don Quijote continuó interrogando a un sinfín de intermediarios, los cuales le aseguraban el ruinoso estado de su negocio, hasta que llegó al cosechero, como causante original del alza del coste de vida, y al que dijo:

—¡Infame labrador!, vuestra ambición desmedida origina el incesante aumento del precio de los productos básicos.

—Ay, mísero de mí —contestó el agricultor—; vuestra merced no debe andar muy bien de los Cascos. Yo, que trabajo todo el año cuidando estos albaricoques, y sólo gano dos maravedises de cada veinte a los que venden el kilo en la Corte, y vivo pobremente, ¿soy ambicioso?

Quedóse confuso don Quijote, y se alejó del lugar diciéndole a Sancho:

—Quizá vivan mal estos señores de la venta de cada producto, pero de lo que no cabe duda es de que viven muchos.

PIBE HAMETE

